



Homilía por la oración de apertura

Miércoles 21 de junio 2023

Homilía de Su Santidad el Patriarca ecuménico Bartolomé I

Estimados hermanos y hermanas en Cristo:

Una vez más, nos reunimos como Consejo Mundial de Iglesias para seguir buscando activamente nuestra unidad en Cristo, en nuestras mentes, nuestros corazones, nuestros espíritus, y en la realidad práctica. En este mundo en el que cada día se siembra la división, nuestra tarea es aún más acuciante.

El Patriarcado Ecuménico acoge con amor y respeto a todas las personas que luchan para alcanzar este anhelado objetivo —vengan de donde vengan y sea cual sea su ámbito de actuación en los asuntos eclesiales— y prosigue su misión de tender la mano a todas las comunidades cristianas, de encontrar un terreno común que nos permita descubrir nuestra unidad en Cristo, la unidad por la que oró y que es nuestro destino último en él.

La Iglesia de Constantinopla también comparte la alegría del 75° aniversario del establecimiento del Consejo Mundial de Iglesias, como una de sus iglesias miembros fundadoras. La Santa Gran Iglesia de Cristo también se enorgullece de destacar el papel inspirador que desempeñó la famosa Encíclica Sinodal de 1920 como “carta constitucional” del proceso que condujo a la fundación del Consejo en 1948. Hace más de un siglo, esta encíclica señaló de manera profética, entre otras cosas, los peligros que pueden “*atacar el fundamento mismo de la fe cristiana y la esencia de la vida y la sociedad cristianas*”, como la guerra, que saca a la luz “*muchos síntomas malsanos en la vida de los cristianos*” y, a menudo, revela “*una gran falta de respeto incluso hacia los principios elementales de justicia y caridad*”.

Ciertamente, la dedicación ortodoxa cristiana a nuestra propia unidad esencial se ha visto profundamente dañada por la invasión de Ucrania por parte de la Federación Rusa en febrero de 2022. Esta profunda herida, que se ha extendido a la ortodoxia mundial, todavía tiene que encontrar un bálsamo de Galaad que aplaque el dolor, la pérdida, y la cínica *realpolitik* que le ha sido impuesta a la Iglesia Ortodoxa.

Expresamos nuestro agradecimiento al Consejo Mundial de Iglesias por permanecer en la corte del Príncipe de la Paz, y apoyar la naciente democracia de Ucrania y al piadoso y noble pueblo ucraniano. Incluso ahora, la presencia eclesial del Patriarcado de Moscú en Ucrania busca maneras de desmarcarse de la iglesia estatal agresora bajo el liderazgo del patriarca Kirill. Decimos iglesia “estatal” porque la alineación, y falta de autoafirmación, da prueba de ello. Esta cruda y dolorosa realidad ya ha causado un daño generacional al futuro del cristianismo ortodoxo en los países eslavos. Todos oramos para que se ponga fin rápida y justamente a esta inútil campaña imperialista, así como a la innecesaria e imprudente politización de la iglesia en Rusia. No podemos y no debemos permitir que la instrumentalización de nuestra fe cristiana se convierta en norma.

En este sentido, el texto seleccionado para nuestra oración de apertura es absolutamente pertinente. Quienes habían recibido las enseñanzas del Señor Jesucristo y habían sido alimentados por él, ahora actuaban al nivel humano más básico, es decir en términos de subsistencia y supervivencia. El Señor les dijo:

Ἀμην ἄμην λέγω ὑμῖν, ζητεῖτέ με, οὐχ ὅτι εἰδετέ σημεῖα, ἀλλ' ὅτι ἐφάγετε ἐκ τῶν ἄρτων καὶ ἐχορτάσθητε.

De cierto, de cierto les digo que me buscan, no porque han visto las señales sino porque comieron de los panes y se saciaron¹.

Cristo les estaba exhortando a elevar sus mentes y sus corazones, a buscar algo más sustancial que lo que este mundo puede ofrecer. Y mordieron el anzuelo, como se dice. Entonces le preguntaron:

Τὶ ποιῶμεν ἵνα ἐργαζώμεθα τὰ ἔργα τοῦ Θεοῦ;
¿Qué haremos para realizar las obras de Dios?²

¿Y qué contesta nuestro Señor? Que hay que creer en él; que creer que el amor es más fuerte que el odio, que la fe es más fuerte que la duda, que la esperanza es más fuerte que la desesperanza, y que sacrificar tu vida por el bien de los demás —por un amor altruista y desinteresado— es lo que realmente significa tener fe en nuestro Señor Jesucristo. Llegamos así al núcleo de la cuestión y vislumbramos el camino a seguir para todas nuestras comunidades eclesiales.

Si asumimos con seriedad nuestro empeño ecuménico, y verdaderamente creemos que nuestro Señor Jesucristo es el “Pan de Dios” que puede sustentar y alimentar este mundo en todos los sentidos, entonces debemos “realizar las obras de Dios” con renovada diligencia y visión de futuro.

Las definiciones y los acuerdos serán inútiles si nuestra “ortopraxis” no se ajusta a nuestra “ortodoxia”.

¿De qué sirve una declaración conjunta sobre la paz si proseguimos la guerra? Especialmente en nuestro mundo dominado por las tecnologías, en el que la llamada “inteligencia artificial” puede imitar la destreza de nuestras declaraciones, necesitamos poner de manifiesto, aún más, lo que el Señor dijo tan claramente en otro versículo del Evangelio de Juan:

Ἐν τούτῳ γινώσκονται πάντες ὅτι ἐμοὶ μαθηταὶ ἐστέ, ἐὰν ἀγάπην ἔχητε ἐν ἀλλήλοις.
En esto conocerán todos que son mis discípulos: si tienen amor los unos por los otros.³

Mis queridos y respetados hermanos y hermanas en el Señor:

Como todos y todas ustedes saben, ser discípulo de nuestro Señor Jesucristo es ser su seguidor, su alumno, su aprendiz, y ser un miembro de su cuerpo, la Iglesia. Es posible que todos tengamos percepciones diferentes sobre qué es la Iglesia, y cómo y dónde fue constituida, pero no puede haber ninguna duda sobre el signo de un verdadero discípulo.

Solo el amor mutuo y nuestro amor por un mundo no amado revela si merecemos llevar el nombre de “cristianos”.

Si somos juzgados por algo en el día final, no será porque suscribimos esta declaración o esa afirmación. Será en función de si hemos, de alguna forma, seguido al Señor en el camino del amor.

Por lo tanto, al contemplar las obras de Dios que son nuestra vocación como cristianos, renovemos nuestro compromiso de profesarnos un amor verdaderamente altruista y empático los unos a los otros y a nuestros ocho mil millones de congéneres, cada uno digno y merecedor de nuestro amor.

¹ Juan 6:26.

² Juan 6:28.

³ Juan 13:35.

Se trata de la máxima expresión ecuménica, pues sin este amor el mundo, o incluso nuestras propias comunidades, no se tomará nunca en serio nuestro testimonio entre cristianos. No se pueden negar los resultados del amor. O tienen un impacto en lo que hacemos o no lo tienen. Y si no lo tienen, ¿cómo podemos decir que somos discípulos de Cristo?

No es una pregunta retórica. En el último versículo de nuestra lectura de hoy del Evangelio, se habla de vida eterna y de resurrección. Estas son las tan ansiadas metas, el destino final de la familia humana. Pero el camino hacia ellas es una vivencia diaria de la verdad del Evangelio. Y la verdad no puede ser escondida por ningún artificio humano.

Hermanos y hermanas:

Oremos para que nuestra reunión —las palabras que nos decimos mutuamente y nuestras interacciones— lleven la impronta del amor con el que nuestro Señor Jesucristo nos amó. Dejemos que el amor sea la “obra” —τὸ ἔργον—, la principal y más importante tarea de todos nuestros esfuerzos de cooperación.

Tras dos mil largos, complejos y complicados años, las iglesias no pueden esconderse del mundo. Y tras setenta y cinco breves años, el Consejo Mundial de Iglesias tampoco puede esconderse.

Ya hemos recibido tanto, incluso una gracia tras otra. Hemos sido alimentados y fortalecidos con el pan del cielo, que nos alimenta en la medida en que somos capaces de recibirlo.

Ahora, expresemos la fuerza de nuestros corazones que el pan de Dios nos concede por gracia y misericordia.

⁴

¡Y dejemos que nuestra fuerza sea el poder del amor! Para la gloria de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo, a quien sea todo honor y toda alabanza, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Amén.

⁴ Cf. Salmo 104:15 (LXX, 103:15).